

aula, muchas veces alumnos y docentes son parte de las mismas significaciones imaginarias sociales, utilizan la misma lengua, comparten los mismos valores, creencias, etc., e igualmente se produce una falla en la situación de comunicación que lleva a que ciertos contenidos no sean comprendidos. La mayoría de las veces, estos “baches” en torno al sentido derivan de las didácticas utilizadas.

Pero existe un caso en particular que sitúa en el límite a la experiencia de la situación pedagógica: el caso de los alumnos extranjeros.

Según un informe difundido por la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación Argentina correspondiente al año 2007; el número de estudiantes extranjeros que eligieron las universidades de nuestro país ascendió a 23.737. Pero esta cifra fue aún mayor debido a que participaron en la encuesta el 80% de las universidades estatales y el 66% de las privadas. De los datos revelados, el 69% de los alumnos extranjeros cursó durante el 2007 carreras de pregrado y de grado. De los cuales mientras el 76% se inscribió en universidades estatales, el 59% lo hizo en universidades privadas.

Ante la gran afluencia de estudiantes extranjeros al país, el problema radica en cómo revertir la situación mencionada. Toda asignatura teórica supone la introducción a un mundo otro, en el que se articulan sistemas de pensamiento y producción de ideas alejadas de las prácticas cotidianas pero que, de algún modo, las actualizan, las presentifican produciendo una relación empática con los materiales en la que es posible establecer un lazo mínimo de comprensión.

Cada autor que el docente o la institución propone para trabajar en el aula habla un idioma que no es el nuestro. En una primera instancia, es preciso que el alumno se familiarice con el sistema de pensamiento que el autor propone, con el lenguaje que utiliza, para luego entablar un diálogo con él.

En el caso de los estudiantes extranjeros, el esfuerzo de lectura, supondría duplicar esta labor, debido a que primero deben interpretar un idioma diferente al natal e incorporar el sistema de creencias adherido a la lengua, para en un segundo momento, introducirse en la situación de diálogo.

Ahora bien, la acción pedagógica se apoya en el contenido de la enseñanza, es decir, en las materias específicas que constituyen la currícula de determinada carrera pero, a su vez, existen múltiples soportes que vehiculizan iguales contenidos. En este sentido, para trabajar la comunicación pedagógica con alumnos extranjeros es preciso, en primer término, desmontar la estructura del lenguaje, esto es visibilizar los significados y significantes que atraviesan la significación.

Pero, en segundo término, es necesario recurrir a múltiples soportes que garanticen la transmisión de ciertos contenidos. Esto implica, desde los aspectos más rudimentarios: que el docente potencie el lenguaje corporal -la gestualidad-, que utilice regularmente el pizarrón con el fin de nivelar la capacidad de abstracción de los alumnos. Además, desde un punto de vista más complejo debe recurrir tanto a las nuevas tecnologías de comunicación como a los medios masivos de comu-

nicación e incorporarlos en el aula: iguales contenidos teóricos pueden ser transmitidos desde soportes disímiles como filmes, documentales, música, *powerpoints*, internet, entre otros. En este sentido, se trata de rescatar las fortalezas de los lenguajes comunes para disminuir las debilidades.

#### Notas

<sup>1</sup> Castoriadis Cornelius, *El mundo fragmentado*, Altamira y Nordan-Comunidad, Buenos Aires, 1990. p. 105.

## Enseñar en la era Facebook

Virginia Janza

¿De qué se trata esa mágica acción de transmitir un saber? ¿En qué consiste el hecho de trasponer, como se atraviesa el umbral de una puerta, el conocimiento de una cabeza a otra? ¿Es un acto meramente transitivo? ¿Qué hay en medio del enseñante y el enseñado? ¿Qué voluntades, qué intenciones, qué saberes previos? Y sobre todo, ¿Qué queda de esa traslación?

Acaso entre el sujeto que enseña y el que se dispone a apre(he)nder exista sólo un voluntarioso impulso de compartir un código, una señal, un símbolo que quede como huella de ese contacto. *Symbolon*, para los griegos, contraseña, era una suerte de tablilla que, partida a la mitad, se entregaba como recuerdo al estar de paso en la casa de una familia. De esta forma, tanto anfitriones como huéspedes, conservaban su parte que se transmitía de padres a hijos, generación tras generación, como símbolo de amistad, de ese contrato de hospitalidad que habían (com)partido.

En el aula somos los encargados de que esta relación de calidez se cumpla. De alguna manera, hacemos ingresar extranjeros a la casa de nuestro conocimiento, construida con múltiples saberes y decorada con ideas vastas, propias y recicladas. Pero, ¿Cuál es nuestra tablilla, nuestro símbolo? ¿El portfolio de cursada? He recibido portfolios muy adecuados que, sin embargo, eran deslucidos por un Trabajo Práctico Final mal escrito o sin un concepto coherente. Entonces, sigo pensando, ¿Cómo podemos evaluar que la transposición se hizo definitivamente, para toda la vida? Y digo para toda la vida arriesgándome a sonar trascendental.

Pero apuntar a un conocimiento pasajero, olvidable, superficial, en el reinado de la banalización, no debería ser un objetivo académico. De suyo, la única forma en que podemos juzgar si la información traspasó la enorme capa de mediatización –que, como un barniz indeleble, pintan a diario a nuestros jóvenes alternativamente la nociva televisión y la fugaz internet–, me arriesgo a decir, es “escuchándolos”.

¿Esta actividad es algo nuevo? ¿De qué se trata ese verbo: es-cu-char? Lo descompongo en sílabas para ver cómo suena, a ver si resuena, en mi cabeza, ¿Me escucho? El secreto está en el lenguaje. Quizás no tenemos el mismo código, la misma relación con las palabras, pero tenemos eso en común: el bendito castellano.

### Castellano criollo para extranjeros

No soy buena con estadísticas pero “a ojo de buen cubero” puedo arriesgar que las aulas de la UP son transitadas por, al menos, un sesenta por ciento de extranjeros. Jóvenes de Chile, Perú, México, Colombia, entre otros países de habla hispana, se suman a nuestras filas, o bien por el prestigio ganado en Latinoamérica por esta universidad, o bien por el reconocido auspicio al tan visto programa de Los Simpson. Como sea, llegan y se instalan en Argentina, algunos sin haber estado en el país anteriormente, sin tener una idea cierta de qué les espera y –los que tenemos ingresantes–, siendo, en su mayoría, recién salidos del secundario. Estos jóvenes, en general, utilizan un vocabulario amplio y se mueven con libertad dentro del lenguaje. Sin embargo, algunas diferencias dividen las variedades de castellano que utilizamos. Sin caer en eufemismos ni tampoco en obviedades, me gustaría detenerme en una.

La distinción mayor que divide nuestras variedades dialécticas, surge del uso de la segunda persona “tú” en vez del argentinismo “vos”, particularmente en el presente del modo indicativo y en el imperativo, y la acentuación de los verbos que eso conlleva: “vos sos” (castellano rioplatense, presente del ind.) y “tú eres” (castellano neutro); o también, “vos salís” o “vos comprás” y “salí” o “comprá” (cast. rioplatense, presente del ind. y modo imperativo) y “tú sales” o “tú compras” y “sal” o “compra tú” (cast. neutro).

Esta diferencia es muy importante, sobre todo para las asignaturas que tengan a la redacción en primer plano (aunque no exclusivamente), y en particular, las que utilicen lenguaje publicitario porque la segunda persona, el imperativo, y su buen uso, son herramientas esenciales para la publicidad.

Es fundamental que cada uno sepa el registro que está utilizando, por eso remarco el escuchar como nuestra acción primera. No para cambiar la forma de hablar, sino para adecuarla al contexto indicado. Esto parece algo tonto resaltarlo, pero no crean. Estamos formando profesionales que tienen que saber adaptar su trabajo al contexto en forma adecuada ¿Se imaginan un locutor de radio argentino recibiendo un guión donde se olvida acentuar el verbo de la segunda persona? Podría confundirla, entonces, con la tercera y el mensaje sería poco claro o estaría mal comunicado (“compra tú” confundido con “él compra”).

Como docentes tenemos la obligación de corregir todo, durante la cursada, en los trabajos escritos y también en las exposiciones orales, así como en los finales, donde se conjugan ambas instancias evaluativas. La coherencia y la cohesión son aspectos fundamentales, tanto a la hora de transmitir un mensaje, de vender una campaña publicitaria, como de presentar el concepto de un desfile, o una declaración de amor. Y acá, no hay variedad de registros que disculpe o confunda.

### La transgresión hospitalaria y la Guerra de Troya

Es sabido que la larguísima y legendaria Guerra de Troya, comienza con una transgresión a la hospitalidad: Paris, quien se hospedaba en la casa de Agamenón, comete la indiscreción de enamorar y llevarse a Helena, la esposa del anfitrión. El ofendido persigue, despedido,

a la pareja de infieles y así empieza la historia más sangrienta de la mitología griega. Evidentemente, si existía una tablilla entre Agamenón y Paris, éste le debe haber dado muy poca importancia.

No queremos que esto ocurra con nuestras tablillas, la contraseña que compartimos con cada estudiante, la señal de compromiso que tenemos con ellos, y ellos con nosotros, debe ser atesorada y protegida.

¿Pero existe? ¿Se puede ver? En la Era del Facebook, del Fotolog, del MSN donde todo lo que existe se ve –o dicho de otra manera, “si no salís, no existís”–, donde el lenguaje cuenta en tanto representación fugaz, cosa adaptable a una visibilidad facilista y comprensiva: “Co t va?” “K onda?” “Arre, 1 bs”. Las fotos enfocan sólo un pedazo de cara, y los retratados rehuyen la mirada, muestran un ojo, un perfil cubista. Insisto, transmitir algo que no se ve en este contexto, ha de ser una locura.

Pero si ocurre, si por esa mágica tradición que nos sucede desde hace varios cientos de años, ocurre y, finalmente, hay transposición, hay traspaso de esa sólida capa multimediática que nos mantiene en un falso movimiento global, horizontal (el verdadero movimiento es siempre subjetivo, personal), si llegamos a invitar extranjeros a nuestra casa, entonces, ¿Qué queda? ¿Cuál es el símbolo? La señal no es sólo visible, es también audible: nuestra tablilla es el lenguaje. Como aquellos viajeros de la antigüedad que surcaban paisajes inhóspitos, bosques tenebrosos y estepas solitarias, nuestros estudiantes deben salir renovados de esta experiencia. Cuando no existían las cámaras de fotos o de video, lo vivido se transmitían de una única manera: a través del relato.

La coherencia, insisto, es fundamental debemos exhortar a nuestros alumnos a querer su porfolio, su trabajo final, pero también a valorar cada pequeño informe, cada apunte, cada trabajo, cada intervención oral en el aula, como se quiere y se cuida un álbum de fotos de un viaje muy preciado. Solamente escuchándolos y leyéndolos podemos saber si esa tablilla nos pertenece, si la compartimos de verdad.

Cito a Baudelaire y las dos primeras estrofas de su conocido poema Correspondencias: “La creación es un templo donde vivos pilares/ hacen brotar a veces vagas voces oscuras;/ por allí pasa el hombre a través de espesuras/ de símbolos que observan con ojos familiares./ Como ecos prolongados que a lo lejos se ahogan/ en una tenebrosa y profunda unidad,/ inmensa cual la noche y cual la claridad,/ perfumes y colores y sonidos dialogan.”

¿Qué quiere decir esto? Que el lenguaje está en todo, traspasándolo, renovándolo, dándole un sentido y un significado: ¿Acaso nuestras ideas no se expresan con palabras, con conceptos? Aún cuando hablamos de una imagen, de una foto, describimos un perfume, asociamos un color a algo que sentimos, que vestimos, ¿No lo hacemos con esta sucesión de convenciones que llamamos lenguaje?

Menospreciarlo, en este sentido, es una transgresión tan importante como la que desembocó en la Guerra de Troya. Por supuesto que no propongo perseguir y asediar durante años a los “amantes infieles”; pero sí darle

la importancia y la seriedad que merece el tratamiento académico-artesanal con las preciosas herramientas del lenguaje. Escuchándolos y, sobre todo, ayudándolos a escucharse, se puede lograr que el viaje no haya sido en vano, y que entre viajeros y anfitriones quede un buen recuerdo, una huella, para toda la vida.

## Stanislavski. En el mundo de la belleza

**Rony Keselman**

*No hay papeles pequeños, sólo hay artistas pequeños.*

Esta famosa frase pertenece a Konstantín Serguéievich Stanislavski, (1863-1938), actor, director y autor ruso creador de una de las técnicas interpretativas actorales más revolucionarias de su momento. Práctica que, aún hoy en día, ejerce un enorme efecto sobre el arte dramático occidental.

Stanislavski comenzó a desarrollar en 1897 junto a su aliado Vladimir Nemiróvich Dánchenko, autor y formador de jóvenes actores, un sistema de educación actoral que rápidamente gozó de amplia aceptación. Por esa época crea el MAT, Teatro de Arte de Moscú, el primer teatro de Rusia con una compañía profesional.

Nemorovich-Danchenko, se encargaba de la parte literaria y administrativa, mientras Stanislavski se ocupaba de los actores y de la puesta en escena.

El centro de operaciones que le permitió a Stanislavski poner a prueba y desarrollar sus originales y avanzados principios artísticos estaba ubicado en un viejo teatro llamado Ermitage, en la calle de Karetny Riad. Se trataba de un sitio precario que tuvieron que remozar para ajustarlo a sus necesidades. El Teatro de Arte de Moscú hizo su debut el 14 de octubre de 1898.

El "sistema" de Stanislavski se basó en sólidos principios éticos cuyos objetivos eran, entre otros, desterrar "la teatralidad" (entendiendo por esto la sobre actuación o la falsedad en la construcción e interpretación de los personajes), acabar de una vez por todas con la mecanicidad en la que caían los actores al transitar una y otra vez los mismos textos, presentar sólo obras de gran calidad, como así también modernizar escenografía e iluminación y desterrar un curioso y singular "personaje" que no faltaba en ninguna puesta: el apuntador, que entre otras cuestiones, gozaba de la costumbre de salir a saludar cada vez que abandonaba su puesto. También le debemos al genio ruso la sustitución del telón ascendente por la moderna cortina que se abre de derecha a izquierda.

Su revolucionario sistema de formación dramática nos legó un vasto número de herramientas actorales que aún hoy en día perduran y aplican actores profesionales tanto en clases de actuación como en los papeles y obras más disímiles. Tal vez una de las técnicas más populares sea la que bautizó como "memoria emotiva", que consiste básicamente en evocar los propios sentimientos y experiencias pasadas para luego sustituirlos por los de los personajes en acción. De esta manera los intérpretes comenzaron a establecer un vínculo mucho más sólido y creíble al sumergirse en el universo interior de sus

personajes, como así también con sus compañeros sobre el escenario y el público asistente.

"El poeta, el artista, el pintor, el sastre, el operario, todos sirven al mismo objeto, al mismo fin, o sea al que el poeta ha puesto en la base de toda su pieza".

La belleza de esta frase radica en su profundidad y simpleza. Creo que el sistema Stanislavski puede definirse de esta manera: profundo, simple y práctico, pero también, comprometido y espiritual.

Al hablar de Stanislavski no sólo nos situamos frente a un gran investigador, pedagogo, actor y director, sino, y por sobre todas las cosas, frente a un gran artista que se aventuró con absoluta pasión, entrega y valentía en las profundidades del alma humana, en las miserias cotidianas que cubren con un velo oscuro el hermoso y brillante diamante que todo ser humano anida en su interior, ese centro vedado por la cultura, las tradiciones y la educación familiar que puede ser rescatado de su estado de adormecimiento y latencia movilizándolo las energías que se agitan en su interior como las bravas olas de un tempestuoso mar en los confines de la más terrorífica e infinita noche oscura; el espíritu colectivo que mora invisible y esperanzado de ser liberado de las cadenas sociales que lo han condenado a un destierro involuntario y poco merecido. El eterno retorno del actor como un Edipo batiéndose contra la peste de una posmoderna Tebas cosmopolita en pleno siglo XXI.

"La mente del actor debe estar abierta a las ideas de su tiempo, a los rasgos de su tiempo, profundizar en el pensamiento, conectar con el alma humana, observar la vida en su totalidad y cobrar conciencia de ella".

Cobrar conciencia de la vida y así vivir una vida consciente. La conciencia manifestándose en un aquí y ahora permanente, como la imagen de un peregrino que se encuentra siempre en el centro de un puente; hacia atrás el pasado, hacia adelante, el futuro, ese horizonte engañoso que se aleja más y más mientras persistimos obstinadamente en acercarnos.

Cuando Stanislavski aconsejaba a sus actores detenerse a observar, estudiar y asimilar la simpleza y la complejidad de una flor como método para entender y aprehender la vida les estaba hablando de la totalidad, de la unidad subyacente en todo el universo. De la conexión espiritual entre los seres humanos y la naturaleza. De ahí el sistema orgánico, la organicidad como piedra fundamental de la búsqueda del actor en el papel dramático. Sólo un actor (un ser humano) empapado de conciencia global, universal, espiritual y orgánica puede llegar a comprender y a lograr ese estado de gracia, empatía y epifanía de la mano de los sentimientos y circunstancias del personaje que le ha tocado en suerte interpretar. He aquí "la verdad artística" de la cual nos habla Stanislavski.

"Hoy haces el papel de Hamlet, y mañana el de figurante, pero aún en calidad tal, debes ser artista..."

Debes ser artista... Sabias palabras que resuenan hoy en día, a veces con carácter imperativo, y otras, como una suave plegaria que arrulla nuestros oídos. En una época en la que el éxito fácil y efímero parece estar a la orden del día, que se imprime como una peligrosa consigna en la endeble formación cultural de la juventud; en un mundo que a pesar de desmoronarse todavía